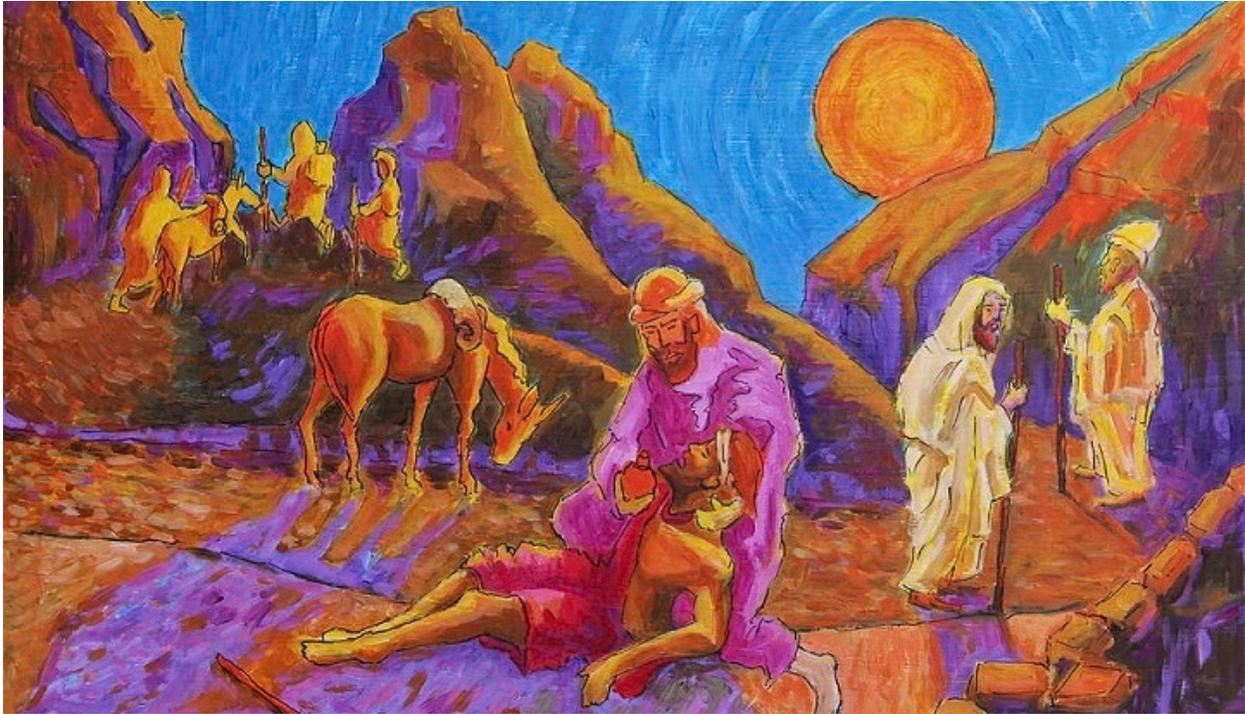


# El Samaritano, corazón de Dios

*Fratelli tutti: diáconos sin fronteras*

Enzo Petrolino



La primera oración del papa Francisco, el día 13 de marzo 2013, en la logia de la Basilica de San Pedro, en la cual pedía la bendición del pueblo, fue esta: “Recemos siempre, por nosotros, los unos por los otros. Recemos por el mundo entero, para que haya una gran fraternidad”.

Y las cuestiones relativas a la fraternidad y a la amistad social han sido, desde el comienzo del pontificado de Bergoglio, importantes preocupaciones: la parábola se expresa de tal manera que cualquiera de nosotros puede dejarse interpelar por ella. *“En el intento de buscar una luz en medio de lo que estamos viviendo, y antes de plantear algunas líneas de acción, propongo dedicar un capítulo a una parábola dicha por Jesucristo hace dos mil años. Porque, si bien esta carta está dirigida a todas las personas de buena voluntad, más allá de sus convicciones religiosas, En el intento de buscar una luz en medio de lo que estamos viviendo, y antes de plantear algunas líneas de acción, propongo dedicar un capítulo a una parábola dicha por Jesucristo hace dos mil años. Porque, si bien esta carta está dirigida a todas las personas de buena voluntad, más allá de sus convicciones religiosas, la parábola se expresa de tal manera que cualquiera de nosotros puede dejarse interpelar por ella.”*

Por lo tanto, antes de indicar algunas líneas de acción, Francisco introduce el capítulo de la encíclica *Fratelli tutti* (desde el no.56) ofreciéndonos la imagen bíblica para nuestra reflexión, es decir, la parábola del Samaritano.

Escuchar la Palabra de Dios constituye un paso fundamental para evaluar evangélicamente el drama de nuestro tiempo y encontrar posibles salidas. Es una feliz coincidencia con el Documento común del Consejo Ecuménico de las Iglesias (WCC) y del Pontificio Consejo para el Dialogo Interreligioso (PCID), el cual hace referencia precisamente a esta misma parábola evangélica, invitando a los discípulos de Jesucristo a amar y a servir el prójimo.

En la redacción de la encíclica, el Papa se sintió particularmente estimulado por el Gran Imán Ahmad al Tayyeb, con quién se encontró en Abu Dabi para recordar que Dios «ha creado todos los seres humanos iguales en los derechos, en los deberes y en la dignidad, y los ha llamado a convivir como hermanos entre ellos». No se trató de un mero acto diplomático sino de una reflexión hecha en diálogo y de un compromiso conjunto.

### **Diálogo y compromiso**

“Diálogo” y “compromiso” son las palabras que con más frecuencia aparecen en el texto (“diálogo” 42 veces, “fraternidad” 44 veces). Es el pedido que Francisco hace al Creador, en la oración con la cual concluye la encíclica, para que inspire el sueño de un nuevo encuentro de diálogo, justicia y paz.

¿Qué significa, pues, para los cristianos, amar y servir a sus congéneres en un mundo en el cual la pandemia del COVID-19 ha causado sufrimientos a nivel global?

*“La conclusión de Jesús- escribe Francisco- es un pedido: «Tienes que ir y hacer lo mismo» (Lc 10,37). Es decir, nos interpela a dejar de lado toda diferencia y, ante el sufrimiento, volvernos cercanos a cualquiera. Entonces, ya no digo que tengo “prójimos” a quienes debo ayudar, sino que me siento llamado a volverme yo un prójimo de los otros.” (no.81)*

En un momento como el presente el “tienes que ir y hacer lo mismo” (Lc. 10, 25-37) significa amar y servir a nuestros congéneres hoy, en tiempos de pandemia. Aquel *“tienes que ir y hacer lo mismo”* afirma que hay un vínculo muy estrecho entre diaconía ecuménica y solidaridad (aparece 22 veces en el texto).

El reconocimiento de la fraternidad cambia la perspectiva, le da la vuelta y se convierte en un fuerte mensaje solidario. *“Si no logramos recuperar la pasión compartida por una comunidad de pertenencia y de solidaridad, a la cual destinar tiempo, esfuerzo y bienes, la ilusión global que nos engaña se caerá ruinosamente y dejará a muchos a merced de la náusea y el vacío” (no.36).*

### **A la luz de la muerte/resurrección de Cristo**

Jesús cuenta esta historia en el contexto del amor al prójimo. El secreto sapiencial es el poder de innovación y el verdadero tren de potencia de una hipótesis radicalmente nueva de la historia; cada corazón y cada mano tiene la tarea de llevar esta hipótesis en todos los pliegues de la historia humana, incluso en las pequeñas historias de cada familia o pueblo.

Si hay una desgracia, como acontece en las grandes historias, es la de la separación, pero es esta vergonzosa separación que nos enseña la distancia entre esta nueva historia, significada y expresada, y nuestra pobre historia, llena de todos aquellos signos de vejez y de pecado que todavía están indicando la distancia que existe entre nosotros y el misterio de Cristo.

En nuestros corazones, a menudo, entran dudas acerca de la necesidad absoluta de perdonarnos y vacila nuestra idea de que sea buena cosa compartir una comida con los otros sin injusticias, privilegios ni discriminaciones, sino aceptando a todos, pequeños o grandes, jóvenes y viejos, sanos y enfermos, santos y pecadores.

Sí, desgraciadamente, nuestro corazón vacila, porque renacen nuestras diferentes dimensiones eclesiales, palidece la realidad de nuestra fraternidad, el rostro paterno de Dios lo sumergimos en nuestras propias convicciones y distracciones. La auténtica realidad, es decir que Dios es Padre y que nosotros somos hijos y, por lo tanto, todos hermanos, es precisamente la nueva historia que tenemos por delante.

Además, por desgracia, en la pobreza de nuestra vida, el olvido es inevitable. Pero, en este sentido, se puede incluso afirmar que cada pecado nuestro, personal o colectivo, no es otro que olvidar esta nueva historia, creada por el Padre y que Él mismo nos dio, en Jesús, por el poder del Espíritu. Ciertamente, la parábola del Buen Samaritano nos ayuda a reflexionar sobre la pregunta: “¿A quién somos llamados a amar y a curar?” y ofrecer indicaciones sobre las complejidades implícitamente incluidas en las nociones de “servicio” y “solidaridad”.

Hoy, por cierto, debemos superar prejuicios de carácter religioso o cultural, ya sea hacia quienes reciben nuestro servicio, o hacia aquellos que sirven a nuestro lado, mientras nos esforzamos de aliviar el sufrimiento y de restaurar la salud y la plenitud en un mundo pluralista. Sin embargo, sin la muerte y la resurrección de Jesús, nosotros realmente nunca podemos saber qué es lo que ocurre.

¿Qué es lo que está pasando en este momento en el mundo? Hay una multitud de respuestas posibles. ¿Qué está pasando en nuestras Iglesias? Sobre este punto también son muchos los análisis posibles. Todos podrán tener una cierta verdad, pero no lograremos nunca decir qué es lo que verdaderamente ocurre en nuestra vida y en la de aquellos pueblos, hasta que no reconozcamos en nuestra pequeña historia personal o en la grande – la de las naciones – el misterio de Cristo muerto y resucitado. *“Para muchos cristianos, este camino de fraternidad tiene también una madre, llamada María [...]. Ella, con el poder del Resucitado, quiere parir un mundo nuevo, donde todos seamos hermanos, donde haya lugar para cada descartado de nuestras sociedades, donde resplandezcan la justicia y la paz.”* (no. 278).

Por lo tanto, lejos de ser una evasión de la historia, se trata de la interpretación última y la comprensión última de la historia. Nuestro hermano enferma de pandemia y se hacen muchos análisis sobre su vida; pero, en realidad, no podremos nunca comprender lo que ocurre, hasta que no surja de su pequeña y dolorosa historia, el fundamental acontecimiento de Cristo, su muerte y su resurrección. Y no solo no sabremos qué es lo que ocurre, sino que nunca lograremos responder al “¿qué hacer?” en la historia, hasta que capturemos el misterio de la muerte y resurrección de Jesús. Por tanto, vemos que la frase que Jesús dijo al doctor de la Ley sabio y, quizás, un poco malicioso, *“Ahora va y haz lo mismo”*, es tomada como aquella poderosa “bisagra” para expresar el indisoluble y fraterno vínculo.

### **¿Qué es la caridad?**

Para extraer una primera conclusión práctica con respeto al camino ecuménico, cabe decir que todo lo que haremos entre los pobres, para los enfermos, en la predicación, en las condiciones muy

particulares de nuestras Iglesias, todo esto es contenido y todo va a tratarse y regularse, en cierto modo, para superar las preconcepciones negativas que podríamos tener y para que reconozcamos con humildad que el “otro” (en este caso el Samaritano) puede enseñarnos el verdadero significado del servicio y de la solidaridad.

De otra manera, correríamos siempre el riesgo de inventar, nosotros mismos, sea con pías intenciones, sea bajo la presión de gravísimas exigencias históricas, pero siempre corriendo el riesgo de hacer acciones cualquiera, en vez de perpetuar en la historia el resplandor, la novedad y la potencia de la acción de Dios que es la Pascua.

En mi opinión, esto debe ser nuestra preocupación, de manera incondicional: perpetuar en la historia la potencia deificadora de Dios. Además, en la parábola hay una pregunta evidentemente provocadora y de sumo interés para cualquier persona; era así en el caso de aquel doctor de la Ley y sigue siéndolo, desde luego, para nosotros: “¿Quién es mi prójimo?”.

Hay el riesgo de una interpretación apresurada de la parábola del Samaritano y también el riesgo de una interpretación moralista y superficial.

¿Cuál es el riesgo? El riesgo es de identificar inmediatamente al prójimo con aquel al cual debo ayudar, con quien está esperando mi servicio, con el problema frente al cual, heroicamente, me arremangaré, para luego dedicarle todo mi tiempo, consagrarle toda mi vida, porque se necesita mi ayuda. Solo que, según la parábola, lo que se requiere es un trastorno completo.

Recordemos la famosa pregunta planteada por Jesús al doctor de la Ley, luego después de haberle contado la parábola: “¿Cuál de los tres te parece que se portó como prójimo del hombre asaltado por los ladrones?” El doctor de la Ley contestó: “El que tuvo compasión de él».

Y ¿cómo podríamos ser sorprendidos, viendo en acción una compasión semejante a la de Cristo? Entonces, ¿quién es nuestro prójimo? Es el que tuvo compasión de nosotros. Sin este conocimiento, sin esta experiencia fundamental es imposible obedecer al ulterior mandamiento del Señor: “Va y haz lo mismo tú también”. «Si yo no te lavo, no podrás compartir mi suerte» nos dice Jesús: debemos tener un conocimiento profundo del amor de Dios, porque Dios se convirtió misericordiosamente en nuestro prójimo.

Es apresurado el discurso que convierte la caridad cristiana en buenas acciones, mientras se olvida del hecho que la caridad es uno de los grandes nombres de Dios, es el mismo corazón de Dios, y que no hay caridad en este mundo herido, sino como don recibido de Dios. Y es precisamente porque Dios nos ha buscado y encontrado, que Él nos dio no solo la salvación, sino también la plenitud de su vida, regalándonos su Espíritu.

Por lo tanto, ¿qué es la caridad? Para quien está viviendo en la nueva historia, nacida de la Pascua de Jesús, la caridad es la manera de preservar y hacer florecer el don de Dios.

Todos los cristianos, pero aún más quienes asumen ciertas responsabilidades en la Iglesia del Señor, deben estar – de manera sencilla, pero fuerte – presentes en aquel hombre que, bajando de Jerusalén a Jericó, fue asaltado por los ladrones, golpeado y dejado medio muerto en el camino.

Nosotros somos hermanos, y la primera manera, la más humilde y dolorosa, de participación, es la participación en la condición de pobres pecadores. Para conocer al prójimo y su milagro, es necesario reconocerse en aquel hombre herido en el camino. Es significativo el hecho que el camino sea descendente; para celebrar la Pascua uno sube a Jerusalén y el mismo Jesús en su último gran viaje deja la soleada ciudad de Jericó y la alegría de los dos ciegos que lo alaban porque recibieron de él el don de la luz, para recorrer el camino que conduce muy rápidamente a Jerusalén.

A la Pascua uno sube. Este hombre, sin embargo, baja. Es una descripción simbólica y maravillosa de la vida, de la pobreza de la vida, de la infidelidad y tal vez de la inevitable pesadez de la historia.

### **Pasar por alto**

Si los discípulos de Cristo se convirtieran en hipotéticos monumentos de virtud, en estatuas de la perfección, ciertamente no se meterían en aquel camino recorrido por el Cristo sin pecado, cuando vino a sentarse, piadoso, al lado de nuestra miseria. Esta es una regla severa, absoluta. Pero, *“al pasar junto a él, lo vio y se conmovió”*.

Antes había pasado un sacerdote, vio y siguió su camino; después pasó el levita, que también vio y siguió su camino. El sacerdote y el levita son los representantes de la antigua economía y, por lo tanto, son expresión del máximo poder otorgado por Dios a los hombres hasta aquel momento. Sin embargo, el mal sufrido por aquel hombre es tan grande que incluso el sacerdote y el levita lo ven y siguen su camino. Por lo tanto, el sacerdote y el levita ven y siguen su camino, porque la ley denuncia el pecado, lo ve, lo grita, porque la ley es sagrada y, como tal, revela la condición del pecador, pero no es capaz de salvarlo; por lo cual, sigue su camino, ignorándolo.

Pero llega el samaritano, el personaje forastero, misterioso, y sobre él, el texto usa esta maravillosa expresión: *“al pasar junto a él, lo vio y se conmovió”*. He aquí todo el misterio de la elección divina. Esta hermosísima palabra de la compasión, teniendo sus raíces en los textos más antiguos del Antiguo Testamento y expresa precisamente el comienzo, el primer florecimiento de la historia de comunión ente Dios y el hombre.

### **Confiados**

En la parábola, es bellísima la descripción de la terapia, una terapia en camino. Todos los comentaristas cristianos, a través de los siglos, han acogido con alegría la imagen de aquel aceite y de aquel vino utilizado por el misterioso viajero para curar al pobre hombre y todos han visto en ellos dos signos: el aceite del Espíritu, el vino del sacrificio. Interpretaron, por lo tanto, de manera profunda la terapia que el gran médico aplica a la persona y a la vida entera de aquel pobre hombre en aquel camino, que era un camino de perdición y de muerte.

Sigue el último acto de la parábola. Nos dice que este peregrino es un viajero. De hecho, como saben, debe subir de nuevo a la casa del Padre, así que lleva a la posada a su amigo, a quien ya considera su hermano. Y además lo cuida. ¡Qué palabra tan hermosa! Varias veces el Antiguo Testamento la usa y, en una expresión muy fuerte, afirma que Dios “cuida” a la estirpe de Abrahán, no a los ángeles, pero a la estirpe de Abrahán, a sus pobres hijitos.

Pero el viajante tiene que irse y entonces lo confía: el Señor nos ha confiado a otra persona, quizás desde el momento del nuestro nacimiento. Como escribió Francisco en su exhortación *Amoris laetitia*: “Dios ha confiado a la familia el proyecto de hacer «doméstico» el mundo para que todos lleguen a sentir a cada ser humano como un hermano” (no. 183).

Obviamente, todos somos suyos, todos somos hermanos de Cristo e hijos del único Padre, pero en esta tierra hemos visto signos maravillosos de la paternidad de Dios y de la fraternidad de Cristo a través de muchas miradas, caricias, paciencias, admoniciones, esperas, oraciones, fuerzas que nos han guardado. Es esa la belleza, la alegría y la fuerza de esta confianza. La parábola no dice, por ejemplo, que el posadero proporcionaba buena comida ni que era muy amable de maneras; pero lo importante es que somos confiados, es decir, que no debemos caminar solos.

Desgraciadamente, son muy pocos hoy en día los que aceptan que otros se les confíen, porque somos pobres personas heridas, somos todos convalecientes, todos necesitamos ser llevados de la mano. Nadie está tan sano como para poder caminar solo; nadie tiene tanta sabiduría, como para poder construir solo su lección de vida; nadie es tan fuerte como para nunca sentir el miedo o la angustia, como un niño pequeñito frente a la oscuridad. Todos somos pequeños y todos maravillosamente confiados.

La belleza de este gesto supremo de Dios que, en vez de asignarnos un hipotético camino solitario, quizá con la Biblia en la mano, nos confió a la carne, al rostro, a las manos y a las palabras de nuestros hermanos. Nos confía a aquella agua, a aquella fuente que es Jesús, que continuamente nos está regenerando, sobre todo porque nos tolera, después porque nos perdona, después porque nos amonesta, después porque nos acaricia, después porque nos consola y finalmente porque nos da un beso.

*“Hoy estamos ante la gran oportunidad de manifestar nuestra esencia fraterna, de ser otros buenos samaritanos que carguen sobre sí el dolor de los fracasos, en vez de acentuar odios y resentimientos. Como el viajero ocasional de nuestra historia, sólo falta el deseo gratuito, puro y simple de querer ser pueblo, de ser constantes e incansables en la labor de incluir, de integrar, de levantar al caído; aunque muchas veces nos veamos inmersos y condenados a repetir la lógica de los violentos, de los que sólo se ambicionan a sí mismos, difusores de la confusión y la mentira. Que otros sigan pensando en la política o en la economía para sus juegos de poder. Alimentemos lo bueno y pongámonos al servicio del bien.”* (no. 177).

En este momento, somos nosotros quienes debemos continuar la lección, puesto que Jesús nos dice: *“ahora va y haz lo mismo tú también”*. Por lo tanto, el reto global es de responder en fraternidad a esta pandemia que nos llama a una mayor concienciación y cooperación ecuménica e interreligiosa.

*\*Enzo Petrolino es el Presidente de la Comunidad del Diaconado en Italia*